

PERSPECTIVAS DE UN MUNDO EN CRISIS

Parece ser algo más que un tópico la afirmación de que vivimos un trance histórico-cultural crítico. De todas partes llegan ecos de inquietud, de desazón espiritual honda. Es alentador, empero, que a diferencia de lo que acontecía cuando Splenger redactó su sombría *DECADENCIA DE OCCIDENTE*, o Max Scheler dió a conocer su *EL HOMBRE EN EL COSMOS*, escéptico e inconstructivo, hoy hay entre los aficionados a tomar el pulso a la Historia mayores coincidencias en la diagnosis y, lo que es más importante, un coeficiente de optimismo en los pronósticos que no encontramos en el pensamiento de la generación de la primera postguerra.

Estamos, en efecto, ante la caducidad de muchos de los principios que informaron y de no pocas de las instituciones que constituyeron la armazón superestructural del mundo nacido en el siglo XVII, moldeado en el XVIII y desarrollado hasta sus posibilidades máximas en el XIX. Esa caducidad es característica de toda auténtica crisis histórica. Pero lo es asimismo el que en sus momentos más agudos aparezca confundido lo accidental, contingente o histórico del hombre, con lo sustancial y definidor del mismo. En la angustia crítica, en la desesperación del naufragio (y una crisis histórica reviste todas las apariencias de un naufragio) el hombre se objetiviza, se considera parte de «la situación», e identificado así con la realidad que se va perdiendo conciencia de sí mismo, olvida su papel en el Cosmos y renuncia a su naturaleza de

ser esencialmente libre, tratando de salir del accidente, o para mejor decir, tratando de eludir las incomodidades inmediatas y concretas del atroz fenómeno, por no acertar a calibrar su volumen, con un sistema de fugas y renunciaciones virtualmente suicidas. Nada hay más aparentemente generoso, pero más realmente estúpido, que la actitud del hombre medio en las épocas críticas. Como el amante burlado, encaja y aún propicia las mayores humillaciones, con tal de poder seguir dando satisfacción a su elementalidad infrahumana, con tal de «seguir viviendo» la existencia chabacana y trivial a que le condena la indigencia de sus recursos espirituales, en complicidad con un clima social nutrido de verdades prefabricadas. Y aquí está exactamente el peligro: en la circunstancial elevación de esta versión dispersonalizada o, como modernamente se dice para suavizar capciosamente la gravedad de una cosa muy grave, transpersonalizada, del hombre, a las funciones de dirección; en otras palabras: en la instalación del hombre-masa en la torre de mando.

Arduo tema este que apunto del papel de las minorías en los momentos críticos de la Historia. Pero no deja de ser oportuno, ya que tengamos que soslayarlo aquí en su fondo, el recordar cuando menos, que nunca el hombre-masa, espiritualmente hablando, (es innecesario aclarar que nada cuentan para determinar esta calificación, el origen, el «status», o las estructuras sociales, estamentales o clasistas) ha salvado a la humanidad de sus trances críticos. Al contrario, siempre ha sido el hombre-masa el mejor cómplice de las «fuerzas del mal», porque el hombre-masa propende a preferir la primitividad de la selva, o de la cueva existencialista, que es igual, al orden libre de la sociedad ciudadana; la oportunidad de dar voces rebañescamente en la calle, al derecho de expresarse responsablemente en la asamblea civil; la calidad, en fin, de número sin nombre, amalgamado en la muchedumbre amorfa, o regimentado en el instituto total, que también esto es lo mismo, a la condición de ciudadano de una sociedad libre, donde hay que comportarse plenamente como hombre todos los días.

He aquí por qué la solución a los problemas radicales

del mundo presente sólo puede esperarse del mundo occidental; es decir, del conjunto de países cuyas minorías han conseguido evitar la masificación total de sus pueblos y la consiguiente degradación de la ciudadanía. También aquí quiero subrayar que cuando hablo de «minorías» estoy refiriéndome a cosa muy distinta a clases o grupos circunstancialmente dirigentes. La minoría es «élite» espiritual y puede no mandar, pero cuando existe, inspira, influye, conduce al grupo hacia el porvenir, algunas veces, incluso, a despecho de los que mandan o contra los que mandan. La «minoría» en este sentido es la depositaria de lo esencial, eterna y genuinamente humano; es ese grupo de espíritus próceres que en cada época muestra las posibilidades inéditas y enseña las nuevas rutas; es ese plantel de sujetos que, por ver claramente el presente, atisban el futuro y avisan de él, izando a las gentes de la sima y reinstalándolas en el noble quehacer humano (1).

¡Ay de aquellos pueblos que carecen de minorías! Son muchos los que hoy temen la desaparición de la Humanidad como consecuencia de un eventual empleo de la energía nuclear en la guerra futura; a mí me inquieta, sin embargo, otra cosa: la posibilidad de que «la inmensa mayoría» y su síntesis y manifestación concreta, el lidercillo de plazuela, el mesías de ocasión, el aventurero, en fin, polarizante de todas las miserias del grupo, aplaste aquí y allá, con su radical barbarie y elementalismo a las élites auténticas. La gran cuestión, ofrece, pues, a mi juicio, este aspecto importante y previo: vicisitudes y desenlace de la lucha entablada entre el energuménico agitador de multitudes y el sereno maestro de humanidad; que no es lo mismo, como se ha pretendido, que lucha entre acción y reflexión, pues si aquél es,

(1) Enrique Tierno explica que «hay élite o superioridad humana en donde hay una cierta capacidad de dominio y reforma de las situaciones». «Se puede incluso definir la élite, continúa diciendo el profesor de Salamanca, como el grupo humano dotado de energía e inteligencia para crearse en la medida de lo posible, un campo situacional dirigido y develar situaciones nuevas». Tierno Galván, Enrique: «Sociología y Situación». Murcia, 1955.

por definición, acción y movimiento en lo fáctico e inmediato, éste es acción del espíritu, tutoría galvanizante y efectivo liderazgo e histórico.

El esquema cultural-humano que acabo de esbozar y que perfilaría mejor si no me hubiese propuesto para este artículo un objetivo menos ambicioso y más concreto, acaso parezca demasiado dogmático y sombrío. Pienso, no obstante, que nunca se ha impuesto con la gravedad de esta época la necesidad de abordar los problemas desde un plano substancialmente humano. Sólo utilizado en este sentido puede el sociologismo sernos útil en la faena de diagnosticar la Historia. Es analizable y, lo que es más importante, es canalizable desde este ángulo, la problemática internacional de nuestros días? Creo sinceramente que sí.

* * *

Estamos viviendo una época de transición de la historia humana, que en lo internacional, específicamente, presenta un cuadro de desarticulación y caos. A los que pretenden atacar los problemas internacionales en el solo terreno de la política internacional habría que recordarles que la política internacional es una ciencia muy inexacta, si es que es ciencia. La política internacional no nos puede explicar por sí sola el fenómeno, y menos, darnos soluciones constructivas para atacarlo. Dícese que está amenazada la civilización y es cierto. Pero lo que hay que puntualizar es qué de la civilización occidental constituye patrimonio positivo y es menester conservar, y qué escoria, negación de sus propias esencias y podemos satisfechos dejar perecer. Es muy oportuno recordar que la amenaza a nuestra civilización no viene de fuera de ella, sino, en muy alta proporción, de ciertas manifestaciones enfermizas de ella misma. El fascismo, el nacionalsocialismo, el comunismo, son también productos del pensamiento y de la sociedad occidentales; como lo son el imperialismo y el nacionalismo, en sus formas extremas, y las guerras grandes, y el genocidio, y el materialismo, y la

mecanización de la vida. Por eso se nos antoja peligrosamente miope la tendencia a dejar reducida la significación del problema a una lucha pura y simple entre Oriente y Occidente. Por de pronto, lo que hoy principalmente motoriza a Oriente contra Occidente, el comunismo, el nacionalismo y el precipitado de ambos, el nacional-comunismo, se lo hemos proporcionado nosotros. Tal vez no tardemos mucho en ver eficazmente empleado desde Oriente, en aleación con las citadas ideologías, otro producto «cultural» típicamente europeo: el racismo.

* * *

Este mundo conmovido y en ebullición está montado sobre esquemas institucionales inservibles. La sociedad internacional actual está compuesta de unas ochenta unidades nacionales o Estados, más sus dependencias, más otras entidades especiales, como la Ciudad del Vaticano, Tánger, Jerusalén, las Naciones Unidas, etc. El Derecho internacional está construido sobre el principio dogmático de que todos los Estados son iguales y soberanos. La propia Carta de las Naciones Unidas consagra este «apoteagma», tan falso como funesto, al afirmar que la Organización se basa en el principio de la igualdad soberana de todos sus miembros. El Estado tiene que poseer territorio, tanto da que sea extenso o reducido; y población, no importa cuanta; y gobierno, cualquiera que sea su naturaleza y procedimientos, con tal de que «mande efectivamente». Las diferencias reales, empero, de población y territorio de los Estados, así como de recursos, de potencial, de desarrollo son demasiado conocidas para que haya que subrayarlas. Por otra parte, en unos Estados el sistema de gobierno se inspira en los principios éticos y jurídicos indispensables para la dignidad y la libertad humanas; en otros se gobierna adoptando como axioma la idea de que el gobierno goza de derechos ilimitados y sobre el gobernado pesan todos los deberes de cuyo cumplimiento han menester en cada momento esos supuestos derechos superiores del go-

bernante. El orden internacional moderno está construido, pues, como un sistema coordinado de Estados, un orden «inter-estatal», o «inter-nacional», dicho con menos propiedad en cada Estado, cada unidad «coordinada» no admite autoridad sobre sí, es «potestas suprema», es «sibi sufficiens», es «legibus solutus». El sistema internacional de Estados encuentra su primera consagración formal en West-falia como expresión de una determinada realidad sociológica e histórica y proyección de una nueva concepción del mundo y de la vida. La guerra de los treinta años había comenzado siendo un conflicto religioso y termina con una paz política. El sistema internacional de Estados queda articulado, jurídicamente, por la fórmula de que «pacta sunt servanda» y políticamente, por el principio de que ninguna potencia o alianza de potencias debe llegar a ser más fuerte que todas las demás juntas. Utrecht termina la guerra de sucesión española y entierra definitivamente los sueños hegemónicos de Luis XIV, reajustando el equilibrio amenazado por las aventuras militares y diplomáticas «du Grand Monarque», e impulsando como principal pivote de la nueva fórmula a Prusia unificada. La carta política de Utrecht perdurará en grandes líneas casi cien años. Bonaparte, tan genial soldado, como pésimo político, la hace pedazos a punta de bayoneta. Vencido el Corso, apresúranse los vencedores a reorganizar el antiguo sistema. En Viena se acuerda reconocer como grandes potencias a Gran Bretaña, Austria, Prusia, Rusia, Francia, a pesar de vencida, y Suecia, Portugal y España, que ya no lo eran realmente. Empieza el siglo de la «pax brithánica», sólo perturbada por dos guerras importantes: la de Crimea de 1854 a 1856, y la franco-prusiana, de 1870 a 1871. Pero Bismark hace la unidad alemana, Cavour consigue en los mismos días la de Italia, y EE. UU. y Japón irán haciendo notar su presencia como grandes potencias efectivas en el protagonismo mundial. Desde fines del siglo XIX la política internacional será una actividad desarrollada por los sujetos de ella, análogamente a como lo venía siendo por su objeto desde el siglo XVI, a escala mundial. La victoria norteamericana sobre España y las de Japón sobre China y Rusia no permitirán dudas al respecto.

Corolario del «sistema de Estados» vigente hasta nuestros días es el nacionalismo y el principio de la soberanía. Intentaré mostrar cómo uno y otra, en virtud de su acusado divorcio con las realidades sociológico-históricas del mundo presente, constituyen fundamentales obstáculos para la creación de una verdadera comunidad internacional cooperativa y pacífica.

Frecuentemente registramos que se da prioridad al llamado interés nacional, a las ambiciones nacionales, sobre la idea ética o la creencia religiosa; o lo que es más cómodo y más capcioso todavía, que se identifican lo ético, lo religioso y lo nacional, como sucedía en la Alemania nazi, y tal vez, secede p. e. ahora en Israel y Pakistán. El culto a lo nacional se ha convertido en una religión que fuerza a los hombres a subordinar a ella todas las demás lealtades. Alguno de los actos más atrocemente inhumanos de nuestro tiempo se han cometido en aras de la mística nacionalista. Cuidan los pontífices de esa mística de que no aparezcan nunca claras las diferencias conceptuales existentes entre nación, Estado-nación, nacionalidad, auto-determinación nacional, patriotismo, etc. Me parece que fué Milton quien utilizó por primera vez la expresión de «nación» en el sentido moderno. Después de él se han dado tantas definiciones de nación como interpretaciones se han ocurrido a las gentes acerca de lo que sea o de lo que se quiere que sea ese peculiar fenómeno social. Lo que no se ha logrado, empero, ni en los tiempos más rosados de la lírica nacionalista, es la encarnación física y humana de todos los grupos nacionales en sendas organizaciones políticas estatales. Sólo las naciones vigorosas lograron esta integración política, forzando en ocasiones a convivir en el «Estado nacional» a otros grupos o minorías nacionales acusadamente diferenciados.

Carlton Hayes, el profesor y diplomático norteamericano, bien conocido en nuestro país, distingue en «EVOLUCION HISTORICA DEL NACIONALISMO MODERNO» (2) (uno de los me-

(2) Hayes, Carlton J. H.: *The Historical Evolution of Modern Nationalism*. Londres, 1948.

jones libros todavía existentes sobre la materia) cinco tipos o fases del nacionalismo, que él califica respectivamente, de humanitaria, jacobina, tradicional, liberal e integral.

El nacionalismo integral resulta una creación del siglo XX y aunque es característico de los Estados totalitarios, no ha encontrado en ellos su consagración exclusiva; como el nacionalismo liberal es un producto decimonómico; el tradicional, la expresión de la reacción antinapoleónica; y el jacobino, una de las manifestaciones más operantes de la Revolución francesa. La dinámica del nacionalismo totalitario fué el elemento desencadenante de la segunda guerra mundial y hay muchas razones para temer que, en su nueva versión comunista, lo sea también de la tercera. Hablar de comunismo como forma de nacionalismo totalitario ha dejado de suponer una contradicción. La URSS es un Estado totalitario de signo radicalmente nacionalista. Pero además, los líderes comunistas de otros países, especialmente de los países orientales, se han puesto al frente de los movimientos nacionales respectivos, fundiendo la ideología comunista con las aspiraciones nacionalistas de aquellos pueblos. El triunfo comunista en China, principalmente debido a la falta de capacidad cooperativa occidental para empresas de gran alcance, y de cuya tremenda significación no se ha dado cabalmente cuenta todavía mucha gente, no hubiera sido posible, de todos modos, sin la mayor o menor adhesión de una porción considerable del pueblo chino, no precisamente comunista. Más significativo aún es el fenómeno yugoslavo, causa de uno de los reveses más serios que haya podido experimentar la política hegemónica soviética desde 1945. El «titoísmo» constituye hoy una grave preocupación para el Kremlin porque viene a dar al traste con la homogeneidad comunista, dirigida y administrada, «pro domo sua», por la Unión Soviética, haciendo posible una nueva redistribución internacional de las fuerzas políticas, con prescindencia de las formas de gobierno. Quiere decirse que, si, como parece, las tendencias nacionalistas se acentúan en el mundo comunista, la política internacional va a presentar muy pronto una nueva ecuación de poder, si bien ello no sea precisamente en bien de una integración universal cooperativa y pacífica, sino pro-

ociando nuevas versiones de bloques y contrabloques político-militares autárquicos. Pero tengamos, además, presente que a los factores que siempre han contribuído a hacer de estas alianzas concreciones de fuerza provisionales y precarias y, por ende, de los esquemas de ellas resultantes, piezas de un equilibrio inestable y flúido, hay que añadir otro nuevo: las características del nacionalismo de nuestro tiempo, que con tanto acierto señala Morgenthau (3) al hablar de lo que inspiraba la dinámica de las nacionalidades oprimidas y competitivas del siglo XIX y lo que mueve a las superpotencias del siglo XX. El nacionalismo de hoy es en realidad un universalismo nacionalista y sólo tiene de común con el nacionalismo del siglo XIX el que en uno y otro la nación es el último punto de referencia para las lealtades y las acciones políticas; ahí terminan las similitudes. Para el nacionalismo del siglo XIX la nación es la meta última de la acción política, el punto final del desarrollo político, más allá del cual hay otros nacionalismos con objetivos similares e igualmente justificables. Para el universalismo nacionalista de mediados del siglo XX, en cambio, la nación es el «starting point», dice nuestro autor, de una misión universal, cuyos últimos objetivos alcanzan los límites mismos del mundo político. El nacionalismo del siglo XIX aspiraba a integrar la nación en un Estado y nada más; el universalismo nacionalista de nuestro tiempo reivindica para una nación y su Estado el derecho a imponer sus propias valoraciones, su estilo y tipos de acción a todas las demás naciones. Tal vez el punto de vista de Morgenthau no sea tanto una caracterización satisfactoria del nacionalismo moderno, como una aguda interpretación específica del nacionalismo de las superpotencias y de sus objetivos políticos, pero es eso precisamente lo que a los efectos de este estudio puede ser útil. El nacionalismo totalitario, forma extrema y tal vez lógica de lo que se llamó nacionalismo integral, constituye uno de los principales factores de desintegración en el mundo de

(3) Citado por Palmer y Perkins en «INTERNATIONAL RELATIONS—THE WORLD COMMUNITY IN TRANSITION». Londres, 1954.

nuestros días. El nacionalismo totalitario significa, en lo económico, aranceles prohibitivos, restricciones cuantitativas, estatificación del comercio, autarquía y economía cerrada; en lo político, indefectiblemente, la guerra.

* * *

Indiqué antes que la doctrina de la soberanía está asimismo indisolublemente asociada al sistema internacional de Estados. Como dice el profesor norteamericano Mc. Ilwain, la soberanía es la fórmula central bajo la que intentamos racionalizar los complicados hechos de nuestra moderna vida política (4). La soberanía fué el argumento polémico decisivo del Estado nacional absoluto frente a las pretensiones ecuménicas del Papado y del Imperio, por una parte; y frente a las tendencias anárquicas de los señores feudales, por otra. Esto es lo que es la soberanía en los «SEIS LIBROS DE LA REPUBLICA» de Bodino; luego Grocio redondeará el concepto propiamente internacional de ella en su «DE JURE BELLI AC PACIS», diciendo que es «aquel poder cuyos actos no pueden ser impedidos por los actos de cualquier otro poder humano». La soberanía en su significado auténtico y único, es decir, como poder absoluto, ilimitado e indivisible del Estado es claramente incompatible con cualquier proyecto de derecho superior institucionalizado, como después de tantos otros, señalaba en fecha reciente Jacques Maritain (5).

Los que han visto esto claro pero no se deciden a arrumbar, por superada, esta categoría jurídico-política, se esfuerzan por elaborar una noción de «soberanía limitada», intento tan inviable como sería el de obtener agua sin hidrógeno, como señala Morgenthau, contrario a la lógica y po-

(4) Mc. Ilwain, C. H.: «Constitutionalism and the Changing World». Cambridge, 1939.

(5) Citado por Palmer y Perkins en ob. cit.

líticamente insostenible; síntoma, en fin, de la discrepancia que se da entre las relaciones reales y las relaciones pretendidamente existentes entre el Derecho internacional y la política internacional, en el moderno sistema de Estados (6).

Nada hay más absurdo por eso, a mi juicio, que las desdichadas fórmulas del par. 8 del art. 15 del Pacto de la SDN, del n.º 7 del art. 2 de la Carta de la ONU, y hasta del art. 14 del Proyecto de Declaración sobre los Derechos y Deberes de los Estados, elaborado por la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, el último de cuyos documentos nos habla de que «...la soberanía de todo Estado está sujeta a la supremacía del Derecho internacional». No se ha comprendido la verdad elemental de que el desarrollo dialéctico del concepto de la soberanía conduce exactamente a su destrucción, que sólo es soberano el que «puede» serlo, y que el soberano, cuando se produce en «soberano» auténtico, lo hace a costa de la soberanía de otros u otros.

La soberanía es una categoría exclusivamente política, irreductible al Derecho; algo insito en ese área de la fenomenología internacional donde sólo operan las relaciones de fuerza, resistentes, por su naturaleza, a toda normación. De ahí que los juristas soviéticos sean ejemplarmente consecuentes consigo mismos situándose en la línea tradicional de la doctrina de la soberanía. «Ningún Estado puede aceptar otras limitaciones a su soberanía, escribe Korovin, que las consentidas de modo voluntario, recíproco y libre». Fórmulas análogas encontramos en Pashukanis, Kotliarewski y Vyshinsky, por no citar más que a algunos; y ya se sabe que esta tesis no es otra cosa que la construcción teórico-jurídica de la postura oficial soviética en el campo de la política internacional.

La soberanía es, por definición, una autoridad suprema, es un poder absoluto e indivisible, es una categoría incompatible con el Derecho internacional. La soberanía es una

(6) Palmer y Perkins: ob. cit.

figura estrechamente asociada al período del absolutismo; es, en fin, un concepto inflexible y rígido. Pues bien, los teóricos de la paz por el derecho, expresión internacional de un liberalismo mal entendido, se empeñan en elaborar tratados y más tratados, en los que se la limita, se la cualifica, se la divide, se la concilia con el Derecho internacional, se la inserta, incluso, en el Estado-nación, en una época de diversidad infinita de organizaciones políticas y sistemas de gobierno, y se la adapta a una situación internacional vertiginosamente flúida y evolutiva. Pero... como no se acierta a institucionalizar un coeficiente de poder internacional bastante para imponer el respeto a la norma, es decir, a «desoberanizar» de hecho la soberanía, la cooperación que se consigue es relativa y la paz siempre precaria y problemática.

La soberanía es la noción clave del moderno sistema internacional de Estados; el nacionalismo, podríamos decir, su impulso emocional. Una y otro son causa de la presente anarquía internacional y encierran el obstáculo más grave para la consecución de una comunidad internacional integrada y el peligro más concreto para la paz, constituyendo anacronismos incompatibles con un mundo en que los asuntos e intereses de los países se presentan cada día más interdependientes y condicionados. No hay, afortunadamente, todavía un país suficientemente fuerte para poder realizar, exclusivamente con sus medios militares, la política nacional que se le antoje contra el resto del mundo, porque además de las dos superpotencias enfrentadas, existen fuerzas actuales y, sobre todo, potencialmente susceptibles de actualizarse rápidamente, muy apreciables y capaces de influir, hoy, en las decisiones de las dos superpotencias, mañana, eventualmente, en el curso y desenlace del choque entre ellas.

Pero, sobre todo, donde la interdependencia internacional se ha convertido en un hecho inescusable es en lo económico. Ningún país es hoy económicamente independiente; todo pueblo necesita del resto del mundo para poder vivir a niveles tolerables; a unos sobran recursos y falta dinero; éstos exceden en tal producto y aquéllos carecen de tal otro; en fin, para vivir civilizadamente, todos necesitan de todo lo que se produce en el mundo, pero ninguno, naturalmente, produce

él solo lo necesario para vivir de ese modo. Demasiado recientes están los resultados de los ensayos de autarquía impuesta, ya por la ideología ultranacionalista de algunos gobiernos, ora por circunstancias políticas o bélicas objetivamente insoslayables, para que necesitemos recordarlos.

La forma en que los Estados organizan su economía está todavía fuertemente determinada por los objetivos de su política exterior, o lo que es igual, de su política de poder; la economía de bienestar es aún una excepción; la economía de poder es todavía la regla. He aquí la principal razón de la política tarifaria, de las discriminaciones, del «dumping», y de tantos otros procedimientos del nacionalismo y de la guerra económicos. Ya sabemos cómo la adopción por unos países de esos procedimientos, provoca la reacción automática de los demás con la puesta en práctica de medidas análogas. Así se ha llegado en el siglo XX a una situación en que la vida y desarrollo económico-internacionales, están anquilosados, contra todo lo razonable, contra la propia naturaleza de las cosas, por una compleja trama de instituciones que comprende, desde las barreras aduaneras prohibitivas, las concentraciones monopolísticas o la compra total preventiva de determinados productos, hasta los subsidios, las cuotas, las licencias, las «valoraciones» o los contingentes.

* * *

Para un esquema social del primitivismo del que describo la guerra tiene que contar como algo más que un acontecimiento excepcional; la guerra es el medio a que se recurre para lograr los objetivos de poder, cuando los otros, los políticos, los económicos y los diplomáticos se muestran inoperantes. El pretendido derecho a los Estados a hacer la guerra es lo que ha dado a la política internacional esa fisonomía medio satánica, medio grotesca, de actividad maquiavélica y cínica.

Se alzan ya voces por todas partes de profesores y de políticos que advierten que la aparición de la guerra total

da al problema de la guerra una nueva y grave urgencia, o como dice Antonio de Luna, obliga a su replanteamiento. Yo creo demasiado en la acción «saludable» del miedo sobre la psicología, instintivamente conservadora, del hombre-masa, para desestimar la utilidad de un tal replanteamiento e, incluso, para no creer que, replanteada en sus crudos términos por los mejores espíritus de la humanidad, logren arrastrar tras sí importantes sectores de opinión pública en apoyo de realizaciones concretas aptas para, por primera vez, hacer posible la inutilización y castigo colectivos del agresor. El testamento del Albert Einstein y el reciente «mensaje» de los Premios Nóbel a la opinión mundial que lo completa es, en el fondo, una severa advertencia al instinto de conservación física de los hombres sobre los peligros que para todos, para agresores y agredidos, encierra la guerra atómica; no una admonición acerca del atroz crimen moral que significaría provocar y realizar la guerra atómica. Por eso ha encontrado tanto eco en la conciencia de las grandes masas.

Pero la cuestión exige un más detenido examen. No me propongo abordar aquí el tremendo problema humano de la guerra, que ofrece dimensiones religiosas, éticas, jurídicas, biológicas, psicológicas, técnicas, etc., merecedoras de un desarrollo imposible en el marco de un artículo de revista. Interésame tan sólo destacar ahora que la guerra es un fenómeno esencialmente histórico, no una manifestación ontológica necesaria del hombre; o lo que es lo mismo, que los hombres han hecho guerras con demasiada frecuencia hasta ahora y que propenden a hacerlas en sus relaciones intergrupales, lo mismo que han asesinado y, algunos, propenden todavía a hacerlo, en las relaciones interindividuales, pero que lejos de tener que hacer la guerra o poseer el «derecho» a guerrear, los hombres pueden y deben vivir en paz. Son muchos ya los convencidos de que «se pueden evitar muchas guerras», aunque demasiado pocos todavía los que creen que la guerra misma es la forma de relación intergrupala humana que corresponde a una etapa histórica de la Humanidad caracterizada por una integración institucional insuficiente. Por eso, en cualquier estudio que de la guerra, se ensaye no debe subestimarse la transcendencia de una

cuidadosa distinción entre causas últimas de la guerra y causas inmediatas de las guerras. El tema empieza a figurar en las agendas de los dedicados a la sociología internacional y, aunque no de manera totalmente satisfactoria, ha sido recogido en el propio texto de la Carta de las Naciones Unidas, cuando, al mismo tiempo que consagra la obligación de resolver pacíficamente los conflictos internacionales, prevé la adopción de toda una serie de medidas cooperativas para la creación de las condiciones de la paz. Pero en las Naciones Unidas faltan algunas cosas, como el Ejército colectivo previsto en la Carta, si que nunca creado; y sobran otras, como eso de la soberanía, de que se muestra tan celoso el art. 2 en sus pars. 1.º y 7.º, o eso otro del veto, instituido en el art. 27. Esas faltas y esas sobras han convertido a la ONU en una maquinaria inoperante para atacar los problemas internacionales en que se vean afectados importantes intereses de una gran potencia, problemas que, dicho sea de paso, van siendo ya los más, porque, como antes señalé, la política internacional es hoy una actividad desarrollada plenamente a escala mundial y, desde luego, los únicos problemas susceptibles de provocar la guerra.

Mas el que las causas del mal estén más o menos bien identificadas e, incluso, los remedios en grandes líneas atisbados, no quiere decir, como la realidad demuestra, que estemos firmemente puestos en el camino del éxito, porque a las grandes rémoras disociadoras y anarquizantes que he citado, hay que añadir la acción de ciertas ideologías, como el comunismo y el racismo; y la influencia de ciertos «grupos de presión», como las grandes organizaciones cartelizadas y los grandes combinados de producción y distribución.

El comunismo ha sustituido su primitiva postulación de acción revolucionaria permanente por la de acción bélica constante. Mao-Tse-Tung escribía hace no mucho tiempo: «...la forma más alta de la revolución consiste en resolver los problemas por medio de la guerra...» «El poder político sólo emerge de los cañones...» «Sí, nosotros exaltamos la omnipotencia revolucionaria de la guerra...» «La guerra no es mala; es buena, es marxista...» «El mundo tiene que ser recreado con cañones». Desde Hegel y Treitschke no

se había vuelto a hacer un canto más encendido al homicidio organizado.

El racismo tiene aún virtualidad para mover discriminaciones irritantes en algunos países que se precian de civilizados y fengendrar fricciones internacionales peligrosas, como la actualmente existente entre la India y la Unión Surafricana.

El papel desintegrador de las grandes internacionales de intereses, por último, es suficientemente conocido y no necesita ser destacado.

* * *

Se trataría, pues, de actualizar, frente a esos factores disociadores, todas aquellas fuerzas, energías y tendencias que reclaman otras formas de vida internacional más razonables y más justas. El Estado nacional también nació así al impulso irresistible, lo que quiere decir, fácil y rápidamente, de las grandes energías integradoras del Renacimiento y como síntesis de las contradicciones dialécticas de los últimos siglos medievales. Además de los grandes y permanentes principios de moral y de justicia que, no impidiendo explicarnos históricamente, p. e. la miseria de amplios sectores de población, la tiranización de algunos pueblos y la guerra, hacen que la conciencia del hombre civilizado prefiera el bien común, la libertad y la paz, el propio proceso histórico ha creado realidades como la desaparición de las distancias geográficas, la producción de bienes materiales en masa y la multiplicación en forma abrumadora de la población, que apuran las contradicciones superestructurales del mundo presente y exigen nuevos moldes institucionales. Son pocos aún los que han comprendido la amplitud de vigencia del hecho, pero muchos y cada vez más, los que padecen en sus propias espaldas los efectos de él. Explicar a éstos que el Estado se ha mostrado instrumento insuficiente para satisfacer los fines humanos; que la vela y custodia fanática de la soberanía, lejos de ser una garantía de la libertad de la comunidad nacional, puede convertirse en una

rémora para su prosperidad y desenvolvimiento; que el nacionalismo, en cualquiera de sus versiones, constituye hoy el peor procedimiento de servir los intereses nacionales; que el comunismo y el racismo son místicas alimentadas por esos instintos elementales de exclusión y dominio, que, como sedimentación de la primitividad tribal, anidan en la infra-cultura de amplios sectores de las masas y son convertidos en ideologías redentoras por los aventureros de turno; explicar todo esto, repito, y enseñar que los pueblos deben siempre, pueden ya y tendrán irremediablemente que cooperar, coordinar sus actividades externas, integrarse, en fin, en formas de organización superior y escalonada hasta el logro de un sistema mundial de instituciones que permita eliminar del primer plano de sus preocupaciones las de su seguridad, de su libertad y de su estabilidad, es lo que hace con perseverante tesón la UNESCO, lo que realizan numerosas entidades políticas y confesionales, como las integrantes del Movimiento Europeo, y lo que creemos un deber intentar e intentamos, cada uno en la medida de nuestras posibilidades, algunos aficionados a las cosas internacionales en todos los países. Pero es, además, lo que en definitiva, aunque vacilantemente, trabajosamente, dificultadas por los frenos y obstáculos que encarnan las fuerzas paralizantes de la decadencia, quieren convertir en realizaciones el ensayo universal de las Naciones Unidas o los intentos regionales de América, de Europa y de Asia. Estas iniciativas no se limitan a hacerse eco de aspiraciones ideales compartidas en todo el mundo por muchas gentes, ni a dinamizar posibilidades potenciales de la realidad sociológica de nuestro tiempo, sino que (y en esto puede estar la clave de su porvenir), en mayor o menor medida, han nacido urgidas por necesidades vitales de muchos y por conveniencias substanciales de otros, resultantes, en todos, de su incapacidad para resolver por medios propios los problemas de su seguridad y de su bienestar nacionales. Todos estos ensayos son por ahora mecanismos híbridos, concebidos y montados, simultáneamente, a caballo del viejo principio del equilibrio y la alianza, y del moderno sistema de la integración orgánica, pero esta misma nota, reveladora de su imperfección institucional, no es,

en definitiva, más que una expresión del signo típicamente transicional de la época, que no ha arrumbado lo viejo por no contar aún a punto con lo nuevo, o que no ha conseguido montar totalmente lo nuevo, por no haber abandonado completamente lo viejo.

En 1918 se había apreciado la conveniencia de organizar cooperativamente el mundo. En 1945 se llegó a la conclusión de que ello constituye una necesidad. El embajador norteamericano Austin decía no hace muchos años, parafraseando la célebre sentencia de Grocio, que «si no existieran las Naciones Unidas habría que crearlas». En efecto, la actuación de la Organización de las Naciones Unidas hasta ahora está muy lejos de haber sido afortunada, pero existiendo muchos partidarios a la vista de esa experiencia, de su reforma, no creo que haya nadie que se atreva a preconizar su desaparición. La propia Unión Soviética, que fracasó en sus esfuerzos de convertir la Organización en plataforma de su política de división y chantaje, se siente más segura dentro de ella que aislada frente a la alianza militar de Occidente.

La tarea más difícil de las Naciones Unidas viene siendo, naturalmente, la solución de las controversias políticas. El Consejo no ha cosechado, ciertamente, éxitos espectaculares al ocuparse de aquellas que le han sido sometidas, pero ha contribuido, de una u otra manera, a resolver conflictos que, sin su intervención, hubieran podido llegar a traducirse en efectivos quebrantamientos de la paz. Recuérdense, a estos efectos, aunque discrepemos de la forma en que fueron tratadas, las cuestiones de Irán, de Indonesia, de Grecia, de Kachimira, de Palestina, de las antiguas colonias italianas, de Berlín, incluso de Corea, agresión que hubiera quedado impune si el Consejo de Seguridad no la hubiese condenado y recomendado la intervención militar de los Miembros. El fin supremo de la Organización de las naciones Unidas es el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales porque el orden y la protección de sus miembros contra la agresión son las primeras condiciones existenciales de la sociedad civil evolucionada y en la sociedad internacional de Estados, en lo que se llamó por alguien, sociedad internacional natu-

ral, recordando el esquema rousseauiano, el problema del orden y de la seguridad de los países ha llegado a cobrar una urgencia bien distinta de la que pudieran imprimirle las pretensiones ideales más nobles; se ha convertido con los descubrimientos científicos, con los desarrollos alcanzados por la técnica, y con la reducción de las distancias en más del dos mil por cien, en el problema vital de todas las comunidades políticas de la tierra. Es precisamente esta conciencia de inseguridad, este miedo obsesivo a la agresión, que la fragilidad de la maquinaria nacida en San Francisco puede vencer, el dato que preferentemente informa en estos años la política internacional, no sólo de los pequeños y medianos, sino también de los grandes y supergrandes. Creo firmemente que es más el miedo que el oculto designio de hegemonías ecuménicas lo que impulsa la demencial carrera de armamentos iniciada por las superpotencias y el ardor de que ellas hacen alarde en el desentrañamiento de las posibilidades destructoras de la energía nuclear. La ONU ha fracasado hasta ahora en sus intentos de limitación de los armamentos de los Estados miembros y de control de la energía atómica. Cuando la ONU esté bien armada; es decir, como antes expresé, cuando se institucionalice internacionalmente el poder, el desarme nacional vendrá por sí solo, porque los pueblos habrán comprendido que es mejor seguridad y mucho más barata, la que otorgue la Organización que la que se pueda conseguir con los propios y exclusivos recursos nacionales.

La experiencia nos muestra ya cómo la inquietud por la propia seguridad no encuentra total satisfacción con la creación de un gran aparato bélico nacional, sino que tiende a canalizarse buscando más amplias estructuras que, aún tocadas de muchas reminiscencias de la vieja política de alianzas, incluyen nociones supranacionales de un alto y prometedor interés. Me refiero a las organizaciones de cooperación y seguridad regionales, más robustas y eficientes que la organización mundial misma, por responder a necesidades más inmediatas y concretas e instrumentar posibilidades más tangibles. La Organización de los Estados Americanos nacida en Bogotá, la Unión Occidental iniciada con el Pacto de Bruselas de 1948 y completada por los tratados de París

de 1954, la Comunidad Atlántica, la Unión del Pacífico y la Unión del Asia Suroriental son las piezas del complejo y no siempre racional sistema de seguridad que los Estados, que no confían en la ONU, intentan, no frente a ella, pero sí al margen de ella. Con todos los defectos e inconvenientes que este sistema presenta, yo encuentro en él muchas cosas positivas y de ellas la que a mi juicio lo es más es la de que los Estados van familiarizándose con la experiencia fecunda y saludable de que para conservar la independencia hay que depender, para gozar de la libertad hay que renunciar a algunas libertades y para garantizarse la seguridad hay que, no ya no amenazar la seguridad de los demás, sino contribuir activamente a protegerla.

Sin embargo, la vida internacional de nuestros días está perturbada por otras cuestiones que las de la paz y la seguridad, cuestiones que, además de influir muy sensiblemente en éstas, poseen una substantividad indiscutible y alojan una gravedad perentoria. De ello se han dado cuenta los redactores de la Carta de San Francisco y de ahí el sistema de cooperación en ella previsto en el campo económico y social, no ignorando tampoco el hecho muchos de los dirigentes políticos de la mayoría de los pueblos, lo que se traduce en experimentos de tan insólita novedad como el BENELUX o la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. La ONU estimula esta cooperación internacional no específicamente militar ni política, desde el Consejo Económico y Social y los Organismos Especializados con él conectados, desde el Consejo Económico y Social y los Organismos Especializados con él conectados, desde el Consejo de Administración Fiduciaria, desde la propia Secretaría General, y promoviendo conferencias donde se realizan estudios y se adoptan acuerdos acerca de diversos aspectos de la actividad colectiva humana. Los resultados de estas iniciativas ha salido ya de la esfera del mero ensayo para convertirse en realizaciones positivas y plenamente logradas. En marcha está ya más de una docena de agencias encargadas de esta labor, unas existentes con anterioridad, pero reorganizadas y puestas a punto después de 1945; otras, instituidas a partir de esta fecha y por ende, montadas sobre la base de una amplia y prove-

chosa experiencia. La actuación, p. e., de las Organizaciones internacionales de Alimentación y Agricultura, del Trabajo, de Sanidad, de la UNESCO, o de las tres grandes Comisiones Económicas para Europa, para Asia y para América Latina, instituidas por la ONU directamente, arrojan índices de efectividad que ni los más excépticos en materia de internacionalización de servicios públicos se atreven a discutir.

Al lado de estas iniciativas cooperativas desarrolladas a escala mundial, asistimos en este orden de la integración internacional de intereses, lo mismo que hemos visto ocurrir en el de la colaboración política y militar, también a un proceso de organización regional, lento pero progresivo, que se materializa, v. gr., en la Organización Europea de Cooperación Económica, en la Comunidad Agrícola Europea, amén de otras ya citadas, entidades todas ellas nacidas al impacto de coyunturas gravemente críticas, y desprovistas en consecuencia, de esa idealidad que tanto se reprocha por los realistas de guardarropía a cualquier iniciativa internacional que se salga del campo del tratado de comercio o, a lo más, de la convención administrativa. Todas las pretensiones de federar políticamente a Europa han fracasado hasta ahora debido a las contradicciones infraestructurales de su «constitución natural». El Consejo de Europa de Strassburgo mismo está en el papel esperando su hora. Han sido, en cambio, esas contradicciones, y sus efectos catastróficos, las que han urgido a levantar precisamente las grandes comunidades económicas ya logradas y las que hacen pensar a muchos «realistas» en que tarde o temprano, más temprano que tarde, habrá que ir montando instituciones análogas en otras ramas de la producción y el cambio, hasta llegar a una gran maquinaria que ponga en común las enormes posibilidades de producción y consumo de la Europa libre y las integre, además, colectivamente con las de otras regiones del globo. Acuciados por circunstancias extremadamente graves, los pueblos libres de Europa han emprendido un programa de coordinación de intereses contrapuestos en ciertas esferas de la actividad económica y social, en función de una demostrada utilidad colectiva; conjugando sus aspiraciones nacionales respectivas en empresas de cooperación regional y eliminando libertades

interferentes y actuaciones unilaterales en servicio de una solidaridad salvadora. Muy mal debían estar las cosas para que los pontífices de la Europa balcanizada y los guardianes celosos de la soberanía política y de la autarquía económica hayan tenido que transigir con «altas autoridades» supranacionales e internacionalizaciones de recursos. Y es que el espectáculo vivo de un conjunto de pueblos hundidos en el desbarajuste económico, corroídos por la subversión y amenazados en su existencia misma por la agresión militar soviética encerraba fuerza suasoria suficiente para convencer a los más recalcitrantes de la necesidad de abandonar pronto y definitivamente esquemas trasnochados y actitudes sentimentales. El miedo, en ocasiones, insisto, puede convertirse en el gran aglutinante de los amenazados por el peligro común y en un estímulo capaz de mover a todos a empresas audaces de acción colectiva. La institución de autoridades que por delegación y en representación de las colectividades nacionales «legislen», «ejecuten» y «sancionen» es tan posible como indispensable en el proceso de realizaciones sucesivas de la integración orgánica mundial.

Creo en la posibilidad política de un tipo de asociación internacional en que un derecho permanente y un poder superior obliguen por encima de la voluntad «diaria» de cada uno de los obligados y en que la fuente inmediata de la voluntad colectiva no sea la asamblea de todos funcionando por el sistema estéril de la unanimidad, sino el órgano en quien se delegan competencias definidas y que opera con agilidad y eficacia. Se va imponiendo ésto en ciertas mentes ya con la misma fuerza que aquello que empieza a convencer a los cantores de la omnipotencia nacional de la insuficiencia de ella para garantizar a la colectividad la necesaria estabilidad, los deseables niveles de vida y, concretamente, en estos momentos de preocupación por la seguridad militar y por el rearme, incluso para el logro de los objetivos propuestos en esta esfera, al menos, sin dejar de influir de manera gravísima en su estructura económica.

El rearme determina siempre fenómenos económicos de importancia singular, tales como la disminución de la producción de bienes capitales y de consumo, la reducción de

las inversiones productivas, el aumento de impuestos, la elevación de los precios, la absorción artificial del paro, la multiplicación de la masa de salarios y de las disponibilidades dinerarias de la población, el desequilibrio presupuestario, la inflación, etc. Ahora bien, la integración económica de un grupo de países hace más barata la preparación militar de éstos y los pone, por ello, mejor a cubierto de los efectos del desajuste que la realización de todo programa de esta especie acarrea.

Pero, por otra parte, las inteligencias económicas regionales no vienen a ser otra cosa que la versión constructiva y aceptable, no hegemónica e imperialista, del principio del «gran espacio». El gran espacio es el área de la gran economía, donde potencialmente se dispone de todos los recursos necesarios para producir todo lo que se quiere producir y se cuenta con perspectivas de consumo suficientes para colocar todo lo que se produce. Y, naturalmente, el aprovechamiento del gran espacio ha de hacerse, para que resulte económica y socialmente fecundo, quiero decir, para que rinda la máxima actividad y propicie los más altos niveles de vida, de forma integrada. Los grandes espacios así concebidos son históricamente una etapa de transición del sistema de «economía nacional cerrada», ya imposible, al futuro sistema de «economía mundial orgánica». A semejanza de lo que sucede con los sistemas de seguridad regional, las inteligencias económicas de esta clase no constituyen mundos aislados y herméticos, sino unidades robustas y amplias, pero en devenir de expresiones superadoras de coordinación universal. Del ánimo de los federalistas europeos nunca estuvo ausente la esperanza de que un día pueda llegarse a la integración del gran espacio «euroafricano» y a la coordinación de éste con las demás organizaciones económicas regionales.

Quiero terminar con algunas palabras que, completando aquéllas con que empecé, den unidad a este estudio y permitan ver con claridad la idea eje que lo inspira.

El momento actual del mundo es grave. La crisis es honda. Hay quien dice que el mundo está en un momento crucial; que los términos de la alternativa, en cuyo fiel el hombre hoy está situado, son o civilización o vuelta al estado

de naturaleza con hoja de parra y hacha de piedra; que el hombre está, incluso, devorándose a sí mismo y que cuando termine su faena, ya que no cabe dudar del éxito de su empresa, tendrá el simio que reiniciar la misión que el naturalismo evolucionista le impuso de irse convirtiendo trabajosa e incómodamente otra vez en hombre.

La Humanidad vivió, empero, en su ya largo peregrinar por el planeta, épocas no menos críticas que la presente y se conoce que, debido a no haber terminado su misión en él, como puede seguir ocurriendo ahora, no podía desaparecer, sobrevivió a ellas, y acertó con nuevos rumbos. Creo que la fuerza de la razón y las energías constructivas triunfarán una vez más sobre las rémoras sentimentales y las tendencias desintegradoras. Las ideologías discriminatorias y totalitarias no han logrado con toda su violencia estirpar de la conciencia del hombre civilizado la idea del común origen y del común destino de la especie, el amor a la libertad y la fe en sus posibilidades creadoras universales. Los módulos institucionales, sociales y políticos en que los pueblos viven ya cuatro siglos no han cristalizado su espíritu. Hay gentes en todos los países, dotadas de la suficiente conciencia histórica para entrever la inviabilidad de los viejos caminos y la perspectiva de los nuevos. La perentoriedad vital, en fin, de muchos problemas, pone ante los ojos de los dirigentes responsables en todas partes, lo inútil de ciertas perseverancias y la urgencia de decisiones atrevidas. Cuando las contradicciones y dislocación de un sistema llegan a tal grado que, no ya la estabilidad y prosperidad mínimas de sus miembros no encuentran en él posibilidad normal de consecución, sino que la seguridad y existencia misma de ellos se ha convertido en problema de todos los días, es que ese sistema ha dejado de ser apto para encuadrar la vida social del grupo o del grupo de grupos de que se trate. Pero cuando en el grupo se advierte la caducidad de las instituciones, hay imaginación para idear las que pueden sustituirlas y existen energías bastantes para forzar el cambio, nada autoriza a desconfiar del porvenir. Y que el porvenir es del hombre y no del simio nos lo prometen esas esforzadas minorías que han sabido ganar para sus pueblos la libertad y el bienestar y que

saben que éstos sólo pueden conservarse conciliándose con la libertad y el bienestar de los demás en un hacer crecientemente cooperativo y solidario.

Dudo, no obstante, que puedan servir eficazmente a ese porvenir las fórmulas, precarias y claudicantes, de la «coexistencia». El «coexistencialismo», que como postura honesta, quiero decir, no táctica, se ha defendido y hasta practicado, en otras coyunturas internacionales críticas semejantes a la presente, p. e., frente a Napoleón hace siglo y medio, y frente a Hitler, hace veinte años, por conceder demasiado a la «situación» (noción muchas veces irreal, espejista y refleja de un subjetivismo escéptico), sacrifica la reivindicación de valores, incluso consubstanciales a la misma condición humana y, sobre todo, carece de sentido cuando se acepta con fenómenos (digamos «situaciones») dinámicamente totalitarias. Dejo para otra ocasión el desarrollo de este tema, tan sugestivo, actual y lleno de significación sociológica. Hoy quiero solamente, haciéndome eco de una tendencia muy vigorosa de la opinión pública europea y americana (7), pero discrepando de ella, dejar establecido que la paz y la seguridad exigen renuncias de todos y que en un mundo tan pequeño como se va haciendo el nuestro, únicamente son alcanzables plenamente en el cuadro de un sistema de instituciones mundiales en que la cooperación se manifieste como una fuerza activa y la integración constituya un proceso creciente en las diversas áreas de la vida colectiva.

FERNANDO ARIAS PARGA

DEL INSTITUTO "FRANCISCO DE VITORIA"

(7) En España, Mariano Aguilar, preocupado por las facilidades que la esterilidad de las instituciones de San Francisco da al belicismo de todos los colores y temeroso de los efectos de una política occidental de intransigencia y ultranza, aconsejaba no hace muchos meses en un documentado y agudo trabajo publicado en estas mismas páginas «moderación» en la dirección de los asuntos internacionales. Para el profesor de Sevilla la práctica de esta excelsa virtud moral podría llevar a los dos mundos en pugna a una coexistencia pacífica que permitiera esperar el advenimiento de «situaciones menos explosivas que la actual y más favorables que ella a la cooperación evolucionada y constructiva. Vid. Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo, núm. 70, III trimestre de 1954.